

Ángel Viñas

LA FORJA
DE UN HISTORIADOR

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2024

La forja de un historiador
Ángel Viñas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Ángel Viñas, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-622-4
Depósito legal: B. 1.934-2024
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España



1

Una juventud en la España de Franco

Me parece un tanto irónico que en casa apenas se hablara de los tiempos pasados. Se aludía a lo mal que se había sentido nuestro padre, Arturo, durante la guerra por no encontrar tabaco a cómo un médico amigo les había ayudado de vez en cuando. Trabajaba en el hospital de sangre en que se había convertido el Hotel Palace. Nada que pudiera darnos una idea de la vida en el Madrid sitiado, salvo que aguantaron con muchas dificultades. Nunca supe si perteneció o militó en algún partido político, pero sí recuerdo que en casa se oían regularmente el servicio en español de la BBC y Radio España Independiente (REI) a la vez que, día tras día, se escuchaba lo que entonces se llamaba «el parte», es decir, las noticias de Radio Nacional de España que se emitían a la hora de la comida y de la cena.

NIÑEZ FELIZ

Se me han olvidado muchos detalles de mi niñez, pero no la primera vez que fui al colegio del barrio. Era una casona vetusta, a cincuenta metros de donde vivíamos en la calle Fúcar, hoy dentro del Barrio de las Letras madrileño. Nuestro piso estaba en un inmueble casi pegado a la calle de Atocha. En aquella escuela convivíamos en la misma aula numerosos chicos del vecindario, en varios grupos de edad. El maestro, don Eduardo, era un bonachón que me parecía ancianísimo y que no dudaba en aplicar la palmeta cuando alguno resultaba demasiado díscolo.

La educación era la típica de la época. Se daba mucha importancia a la literatura, impregnada de un sabor católico extremado, y a la historia

—con la lista de los reyes godos en primer término, la Reconquista y los Reyes Católicos, el descubrimiento de América, la guerra contra los franceses y poco más—. También había lo que, en etapas posteriores, se llamó «formación del espíritu nacional». Para los chicos de primaria se daba una loa constante a los grandes héroes, a Franco y a la victoria sobre el comunismo.

En el piso en que nació vivíamos con mis abuelos maternos, Regino y Francisca —los paternos fallecieron antes de la guerra—. Se ocupaban de nosotros —dos chicos y una chica—, ya que nuestra madre, Eugenia, iba siempre a ayudar a la tienda que tenían en la misma calle de Atocha, a diez minutos de casa.

Nuestro padre había nacido en el pueblo albaceteño de La Roda, donde sus antepasados moraban desde hacía generaciones. Era un hombre hecho a sí mismo. A los quince años dejó el lugar —no se llevaba bien con nuestro abuelo, también llamado Ángel— y se fue a Madrid a probar fortuna. Entró de dependiente en la famosa perfumería de Álvarez Gómez, en la calle Serrano. Podría haber hecho carrera en ella, porque era considerado hombre servicial, pundonoroso y muy trabajador. Sin embargo, a principio de los años veinte decidió independizarse. Compró un carrito que relleno de perfumes adquiridos al por mayor y que, combinados por él, se lanzó a vender por la calle. Sus compañeros lo tacharon de loco, pero logró avanzar lo suficiente hasta poder alquilar y luego adquirir un pequeño local en la calle de Atocha, esquina al pasaje Doré y al lado de la glorieta de Antón Martín. Siempre añoró su pueblo de origen y los críos íbamos con frecuencia a él. En La Roda leí durante toda una semana la primera serie de los *Episodios nacionales*, que me dejaron una huella indeleble.

Mamá era hija de proletarios puros y duros. Había nacido en el pueblito segoviano de Santiuste de San Juan Bautista, de donde era nuestra abuela. La llevaron a Madrid a los quince o veinte días del nacimiento y siempre se consideró madrileña. Había vivido en una casona típica de la época al lado de la plaza de Legazpi, parecida a las que describió Arturo Barea. Mis padres se casaron a mitad de los años veinte. Estuvieron sin hijos durante largo tiempo.

Tuvimos una niñez y una primera juventud felices. Que recuerde, incluso en aquellos años de la posguerra, repletos de privaciones y estraperlo, a los tres hermanos —después nacieron Antonio y Carmen— nunca nos faltó comida. En los veranos nos enviaban a casa de tíos y tías lejanos, en la provincia de Cuenca. Eran quienes nos aprovisionaban con alimentos (embutidos, jamón, huevos, carne, etc.) que en Madrid solían escasear.

Jamás he olvidado aquellos lugares conquenses: en primer lugar, la capital, donde el tío Pelegrín había sido bedel del Instituto de Enseñanza Media. Uno de sus hijos me dijo que tenía enterrada en el huerto de su casa una ametralladora «por si volvían los rojos». Supongo que, de la vida en la ciudad, bajo el control de los anarquistas durante la guerra civil, no conservaba buenos recuerdos. En segundo lugar, un pueblito llamado Almodóvar del Pinar. En él pasé varios veranos y tuve suerte porque, en al menos dos ocasiones, corrí graves peligros. En una, se me ocurrió meter la mano debajo de una trilla en la era y fue un milagro que no me la cortara. En otra, di un golpe a una mula, que se vengó lanzándome una coz. Por fortuna, me tiré a tiempo al suelo y me pasó rozando casi la cabeza. Pudo haberme matado.

Finalmente, estaba el Salto de Villora, un lugar agreste en medio de montes escarpados. Tenía una presa sobre el río en la que siempre había trabajadores que la cuidaban. Un pariente lejano de nuestro padre, el tío Crescencio, era el cura del lugar y yo viví con él durante un par de veranos. En los domingos le ayudaba a misa y en los demás días pasaba el tiempo en un gran huerto en el que me enseñaba a cuidar las plantas, a recoger fruta y, ¡cómo no!, trataba de catequizarme.

De las escenas de mi primera niñez recuerdo dos que grabé indeleblemente, aunque quizá las distorsione hoy por el paso del tiempo. La primera era la de las «estraperlistas», como se las llamaba, que merodeaban por la calle de Atocha y la glorieta de Antón Martín. Iban siempre vestidas de negro, en general con pañoletas en la cabeza y vientres deformados, porque debajo de las faldas ocultaban unos capachos. En ellos guardaban las barras de pan que vendían para suplementar la magra porción que permitían las cartillas de racionamiento. Nadie las molestaba. Formaban parte de la foto fija del lugar. La segunda es alguna que otra manifestación de falangistas, en uniformes azules y con muchas medallas en el pecho, que gritaban «¡Franco sí, Rusia no!» por el paseo del Prado. Debí de ser hacia 1946, cuando se discutía en Naciones Unidas el caso de España.

EDUCACIÓN, CASI LAICA

En algún momento, mis padres me sacaron de la escuela pública. No recuerdo las razones. Quizá se lo recomendó don Eduardo o alguno de sus hijos, también maestro. El hecho es que a los ocho o nueve años me matricularon en el colegio San Estanislao de Kostka, a unos doscientos me-

tros de la tienda y en la misma calle de Atocha. En él me encontré con la persona que iba a influir decisivamente en mi vida. Se llamaba José Aldomar Poveda. Era un profesor de las promociones de la República. Estuvo en las milicias de la Cultura. Los vencedores lo encarcelaron. Compartió prisión con Miguel Hernández y Antonio Buero Vallejo. Cuando salió de la cárcel, no encontró acomodo en la enseñanza pública y hubo de derivar hacia la privada. Era un hombre de gran erudición y extremadamente dedicado a la tarea de desbrozar a todos los chicos con posibilidades intelectuales que cayeran en sus manos.

Don José no tardó en convencer a mis padres de que mi destino no debía ser el de dependiente de su pequeña tienda. Le hicieron caso. Es más, convinieron en que me diera clases particulares, a un ritmo más intenso y amplio que en el colegio. Con ello empecé a disfrutar, en la práctica, de una educación particular. Recuerdo que iba a su casa por las tardes dos o tres veces a la semana y que siempre le llevaba el sobre correspondiente. A los diez años hacía un recorrido de un par de kilómetros sin que me ocurriera jamás percance alguno.

Entre las clases colectivas y las particulares, don José me abrió todo un mundo. Tanto es así que recomendó a mi padre que hiciera un esfuerzo económico y me enviara al Liceo Francés. Le hizo caso, pero llegó tarde porque la matrícula estaba cerrada y había que aguardar al siguiente curso. Mi padre, impaciente, no quiso esperar. Aumentaron las clases particulares y me matriculó por libre en el Instituto de Enseñanza Media de San Isidro.

Hoy me echo a reír. En la España de Franco tuve una enseñanza estrictamente laica, abierta al mundo. Empecé a aprender francés con una profesora de la entonces famosa Academia Mangold. Se interesó por mí y volcó todo su saber en materia de historia y de literatura francesas. Sin embargo, las ciencias no eran el fuerte de ella ni de don José. Mis padres recurrieron a un señor que solía comprar en la tienda y que vivía a cincuenta metros de casa en Atocha. Se llamaba Federico Alemany. Había estado en las Milicias en la guerra civil. En el CDMH figura su ficha: había sido perito químico y fue teniente de Artillería —hasta que me enteré, siempre creí que tuvo el grado de mayor, es decir, comandante—. Tenía un porte militar, siempre muy erguido. Me enseñó física y química. Era un genio de las formulaciones, algo que salía constantemente en los exámenes. También me aficionó a la cristalografía.

Hacia los doce o trece años, la esposa de uno de los representantes comerciales que visitaban la tienda, un judío alemán llamado Egon Scholtz —puedo equivocarme en la grafía de su apellido—, se ofreció a

darme clases de su idioma. Se basaba en la gramática de un jesuita llamado Johannes Rauter escrita para españoles, tan maravillosa que permitía comprender las complejidades del idioma de una manera como nunca he visto en ningún otro manual. En pocos años me introdujo en los autores de la Ilustración, en particular Lessing, por quien sentía gran devoción. Así, con don José, una profesora francesa cuyo nombre he olvidado y *Frau Scholtz*, tuve la gran ventaja de, en aquella España, familiarizarme con dos idiomas y una parte de su producción literaria. Siempre he pensado que se trata de uno de los factores que más influyeron en mi posterior evolución intelectual.

Hacia los diez años empecé a darme cuenta de que las noticias de la radio no siempre eran ciertas. En un momento, el locutor de la REI informó de que los tanques subían por Atocha para aplastar una huelga. No era cierto. La falsedad me produjo tal impresión que no la he olvidado. Otro día anunció la muerte de Stalin. Lloraba al dar la noticia y me impresionó mucho. Entonces empecé a manejar el aparatito —marca Emerson, norteamericano— para escuchar programas franceses y, váyase a saber por qué, de Radio Estocolmo.

En junio de 1955 me examiné como alumno libre de la reválida de bachillerato elemental. La superé con la calificación de notable. Había, si no recuerdo mal, exámenes escritos y orales. En los segundos estuve a punto de naufragar. Pasé con notas muy altas en todas las asignaturas, pero me atasqué en Latín. A decir verdad, con los nervios olvidé hasta cómo se conjugaba el presente de indicativo del verbo ser.

CAMBIO DE RUMBO EN LOS ESTUDIOS

En circunstancias normales hubiera debido seguir, pero mi padre tomó una decisión que me llevó por otros caminos. Como pequeño comerciante, lidiaba todos los años con los inspectores de Hacienda para determinar el montante de impuestos a pagar. Se aplicaba entonces un curioso sistema que se denominaba de «estimación objetiva» o algo así y que era todo menos objetivo. El montante se calculaba después de largas discusiones, lloros de mi madre incluidos, en los que los inspectores llevaban, lógicamente, la mejor parte. Si mi padre lograba que redujeran, tras el correspondiente chalaneo, el importe desde el cual habían partido el hecho se festejaba en casa como una gran victoria. En consecuencia, determinó que debería hacerme inspector de Hacienda. Así tendría alguna posibilidad, quizá, de convencer a los futuros com-

pañeros de que no fuesen excesivamente duros con su pequeño comercio.

La oposición a inspectores de Hacienda era, y es hoy su equivalente, bastante difícil. Para presentarse había que tener ciertas cualificaciones: ser licenciado en Derecho —lo habitual—, en Económicas —desde hacía algunos años— o Profesor Mercantil/Intendente Mercantil. Esta última era una carrera aplicada que remontaba al siglo XIX. Exigía una formación controlada por las denominadas Escuelas de Comercio y constaba de tres grados: perito, profesor e intendente mercantil. Los dos últimos estaban equiparados a los de licenciado en facultad.

A los catorce años empecé a ir como alumno oficial, es decir, asistente a las enseñanzas regladas, a la Escuela de Comercio en la Plaza de España, primero para hacer el peritaje (tres años) y luego el profesorado (otros tres).¹ De la primera parte no guardo prácticamente ningún recuerdo, excepto que había asignaturas para mí extrañas como, por ejemplo, Primeras Materias o Música. Se enseñaba la contabilidad en diversos formatos, rudimentos de legislación mercantil, algo de historia económica, etcétera, pero de lo que sí me acuerdo es de que seguí dando clases particulares con Aldomar.

El Profesorado Mercantil fue asunto de otro cantar. Se hacía ya hincapié en los temas económicos, contables, de administración de empresas, idiomas, historia —recuerdo que me compré varios de los volúmenes de la de España que editaba Espasa-Calpe y que se utilizaban en la Universidad—. En aquella época conocí a Alberto Gómez Aldama, que trabajaba en Philips. Nos hicimos muy amigos. Era, es, un melómano declarado y los domingos solíamos ir a los conciertos del Monumental, cerca de la tienda de mis padres, en donde con mis hermanos yo ayudaba siempre que podía. Hablábamos de lo divino y de lo humano y éramos forofos de los estrenos teatrales. Recuerdo la impresión de algunas de las obras que pasaron por el Español (hoy Teatro Nacional), vistas desde la claque o el gallinero. De Buero Vallejo se me quedó grabada *Un soñador para un pueblo*, que todos interpretaban en clave política. De Alfonso Sastre no olvidaré, aunque sí dónde la vi, *Escuadra hacia la muerte*. Hubo muchas otras.

En la Escuela de Comercio hice muchos amigos para siempre. Entre ellos, Carlos Herreros de las Cuevas, Sixto Álvarez Melcón, Jesús

1. <https://lc.cx/gSjfWm>. En <https://www.ehu.eus/documents/2069587/2082336/historia.pdf> se encuentra un estudio académico sobre el equivalente de la escuela madrileña en San Sebastián. No era igual, pero sí muy parecida.

Urías Valiente y Manuel Fernández de Henestrosa —estos dos últimos ya fallecidos—. Manuel había nacido en Lisboa. Su madre vivía en el extranjero y él estaba con su abuela en la calle del General Oráa. Emigró a Toronto hacia 1961. Tenía algo que a los demás nos faltaba: una conexión con el exterior. Para mí, la que pude establecer fue absolutamente determinante.